

Un viaje para recordar lo que el corazón
de una abuela nunca olvida

INVEROSÍMIL

Paula Vidal



DESTINO

INVEROSÍMIL

Paula Vidal

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.es
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Paula Vidal, 2024
© de la ilustración de cubierta: Paula Blumen, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-08-28222-8
Depósito legal: B. 21.055-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. Al Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Capítulo 1. Introducción	9
Capítulo 2. Pequeños olvidos	15
Capítulo 3. Olvidos mayores.	23
Capítulo 4. El tiempo corre	29
Capítulo 5. Una nueva rutina	35
Capítulo 6. La lista	41
Capítulo 7. En blanco.	45
Capítulo 8. La presentación.	51
Capítulo 9. Montañas rusas.	61
Capítulo 10. Buscando a Conchita	71
Capítulo 11. El reencuentro	81
Capítulo 12. Joven otra vez	91
Capítulo 13. Volando voy	99
Capítulo 14. Peinanubes	109
Capítulo 15. El futuro en una taza de té	121
Capítulo 16. Los días buenos	131
Capítulo 17. Un paseo en moto.	139
Capítulo 18. Dos <i>cheeseburgers</i> con doble de patatas.	147

Capítulo 19. Las alas de la amistad	153
Capítulo 20. Pícnic en el monte.	161
Capítulo 21. Estamos todos.	173
Capítulo 22. Despedidas	181
Epílogo. Tres meses y diez deseos después.	187

Capítulo 1

Introducción

Toda historia que se precie se caracteriza por una introducción, un nudo y un desenlace. Esto es así aquí y en China. Por supuesto, la trama debe enganchar y los personajes tienen que ser redondos y no planos. Un personaje plano actuará siempre del mismo modo, mientras que un personaje redondo es complejo y evoluciona a lo largo de la historia. Cuando en la clase de Lengua y Literatura nos explicaron la diferencia entre un personaje plano y uno redondo, visualicé a los redondos como si estuvieran hechos en 3D y quisieran salirse de las páginas del relato, mientras que los planos quedaban aplastados en ellas, incapaces de moverse a su antojo.

La historia de la abuela es una de tantas. Su vida no ha sido nada especial: un piso en la ciudad con hipoteca, veraneos en la costa, un marido, tres hijos... Los hijos crecen y llegan los nietos, las meriendas al salir del cole, ayudar con los deberes y comprar abono para las plantas. Una trama sin aventuras trepidantes ni efectos especiales. Sin gancho.

Pero cuando era pequeño pensaba que la abuela era la persona más extraordinaria del mundo entero. De verdad. Un personaje redondo que sin duda escaparía de las páginas de un libro; uno que correría sus propios riesgos sin rendir cuentas a nadie. Alguien invencible. Mi hermana también lo pensaba. Creíamos que su vida había sido frenética, con un nudo lleno de aventuras y peripecias dignas de una película de Hollywood. La abuela era increíble. Irradiaba luz allá donde iba. Era tan alegre que los demás se ponían contentos solo con estar cerca de ella. No exagero. Si me raspaba las rodillas al caer de la bici, ella me cantaba la canción de la rana para curarme y enseguida me sentía bien. Esto no pasaba con mis padres; si me raspaba las rodillas cuando estaba con ellos, me regañaban por haber estado haciendo el tonto y me tenía que tragar las lágrimas y el orgullo.

La abuela era disparatada y divertida. Te podía contar una historia sobre los incas o los mayas y luego llevarte a tomar un chocolate caliente en pleno verano, a treinta grados a la sombra. Cuando mi hermana y yo estábamos con ella nunca podíamos dar nada por sentado. Las tardes en que le tocaba cuidarnos éramos los niños más felices de la escuela. Salíamos de clase a toda pastilla y allí estaba ella, esperándonos a la salida con los brazos abiertos. Nuestros amigos también debían notar la luz que desprendía, porque a menudo les pedían a sus padres que los dejaran pasar la tarde con nosotros y al día siguiente, en clase,

comentaban lo enrollada que era la abuela y lo bien que se lo habían pasado. Y mi hermana y yo nos henchíamos de orgullo.

Puede que por este motivo pensáramos que, en su vida anterior, la de antes de nosotros, en esa otra época remota, había sido alguien importante, toda una pionera en algún campo de investigación; una exploradora que había descubierto algún yacimiento arqueológico, o una corresponsal de guerra. Nos contaba historias y nos costaba diferenciar cuáles eran ciertas y cuáles no, así que preferíamos creer que todo lo que nos contaba era verdad. No era de extrañar que una anciana tan maravillosa hubiera vivido aventuras tan increíbles cuando era joven, ¿no?

Pero crecimos y nos dimos cuenta de que nuestra abuela no era distinta de las demás. Era alegre, sí, y todavía había luz en su mirada, pero las historias que nos contaba ya no nos parecían verosímiles. La abuela nunca había visto a los incas ni a los mayas. Deberíamos haberlo sospechado antes. De hecho, nunca había salido del país ni había tenido pasaporte. Se había casado muy joven con el abuelo, habían montado una papelería en el barrio y habían tenido tres hijos. Eran un matrimonio feliz, sin sobresaltos, como tantos otros. Ella disfrutaba leyendo libros e imaginando otras vidas que solo existían en su cabeza y, de este modo, los días iban pasando.

Los hijos crecieron y se fueron de casa. Y un buen día el abuelo y la abuela decidieron que ya habían

trabajado suficiente. Cerrarían la tienda y se dedicarían a sus aficiones. El abuelo, que nunca había sentido especiales ganas de viajar ni de tener una vida ajetreada, le prometió a la abuela que correrían sus propias aventuras, como ocurría en los libros que a ella tanto le gustaba leer. Así que pusieron en liquidación todos los artículos de la papelería, y luego el abuelo fue a una agencia de viajes y sacó dos billetes con destino a un lugar exótico y lejano. Quería sorprender a su mujer.

El abuelo murió tan solo tres horas después, en la butaca del salón, de un ataque al corazón. En el bolsillo de su chaleco encontraron tres caramelos de menta y dos billetes de avión. Fue toda una sorpresa. Tan solo faltaba un día para el cierre de la tienda y para la tan anhelada jubilación. Un solo día.

Las butacas 23B y 23C del avión con destino a Tokio, escala en Moscú, quedaron vacías.

Todo esto fue antes de que yo naciera, claro. Me lo han contado. Ni siquiera conocí al abuelo, pero me lo puedo imaginar sentado en la butaca de cuero marrón que la abuela aún conserva, notando el leve peso de los billetes en el bolsillo y esperando ilusionado a que su mujer volviera del cine para darle la sorpresa.

No puedo ser todo lo objetivo que me gustaría, porque se trata de mi abuela, pero diría que la historia de su vida no da para un relato de esos que quitan el hipo, con aventuras, giros inesperados y escenarios de ciencia ficción. Creo que su infancia no fue para

tirar cohetes, porque nunca nos ha hablado de ella, así que supongo que la introducción de su vida no es gran cosa. Y el nudo, pues, a ver, se queda un poco soso. Solo nos falta el desenlace. Una octogenaria sola en un piso oscuro de setenta metros cuadrados, sin ni siquiera un gato que le haga compañía. No hay fuegos artificiales, lo sé. Netflix no daría ni un euro por la idea.

Salvo por un pequeño detalle: su vida estaba a punto de dar un vuelco.